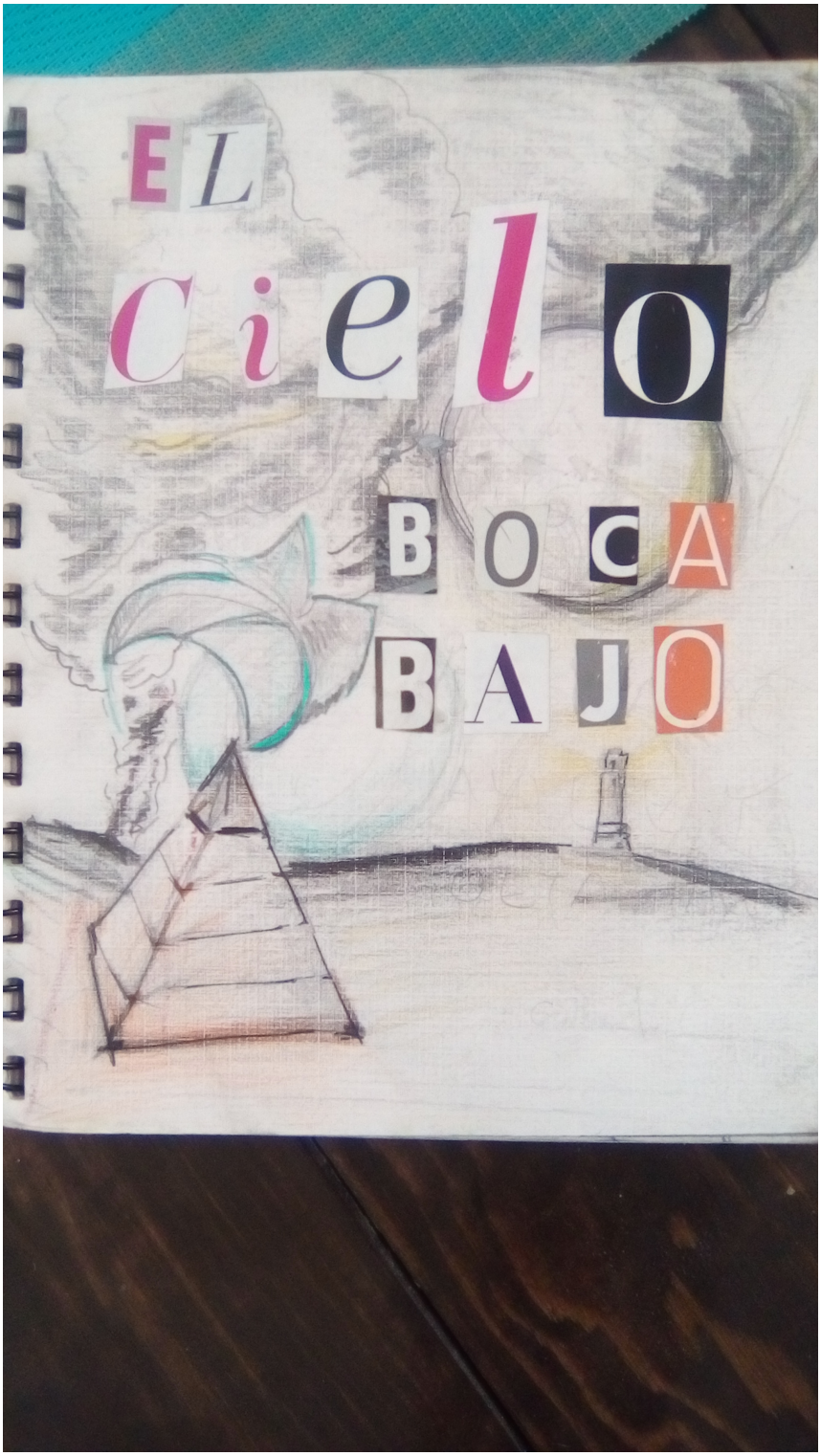
Cielo Bocabajo

Gilberto Guerrero



Capítulo 1

Cielo Bocabajo
La noche que el cielo se puso bocabajo yo permanecía inútilmente resguardada en casa muerta de miedo por causa de los incesantes tronidos provenientes del firmamento. Los adultos como era de esperarse no entendían ni se ocupaban por entender que era lo que estaba pasando; los animales en cambio más sensibles a las señales del cielo preveían lo peor, y antes de la caída de la tarde su comportamiento comenzaba a tornarse inusual e inquietante.
Algunos hicieron añicos sus cercos y caballerizas tratando de huir, mientras que las abejas, avispas y escorpiones voladores, nerviosos se despedazaron picoteándose entre sí. Las colmenas, los rebaños, los bancos de peces así como los hormigueros y nidos de pájaros se habían convertido en torres de Babel que se desplomaban en pedazos; ni que decir de mi cabello, de las muelas de la abuela o de la valentía de papá; solo los gatos permanecían impávidos con las patas relamidas y los bigotes cepillados.
Con la puesta del sol las aves enmudecieron y extraviaron el rumbo, los árboles en cambio armaron tal alboroto pues el viento los zarandeaba con una indescriptible furia que las raíces incapaces de contenerlos salían volando como birlochas desenfrenadas a revolotear en el monte.
En otras ocasiones cuando algo malo o de interés general –que por lo regular era la misma cosa- sucedía se convocaba desde temprana hora a todo el pueblo y entonces el granero dejaba de serlo para convertirse en una tremenda corte conformada por jueces, jurados, fiscales, alguaciles, defensores, acusados y público en general que sin retobo se presentaban puntuales requeridos por el sórdido chillido de un puerco.
Resulta que cada reunión era precedida por la matanza de un lechón fresco que al final del proceso era saboreado por los convidados; pero aquella tarde ninguno acudió al lastimero llanto del animal. Quizás porque nadie pensó terminar sus horas finales degustando costillas o porque simplemente indagaron de forma prudente que el granero no resistiría los embates de la tempestad y que de permanecer allí dentro saldrían volando por los aires como lo hicieron los álamos y los fresnos.
Yo me aferraba nerviosa a Alvin el gato malhumorado que habita en nuestra casa mientras que él se mantenía muy quieto bostezando y acurrucando sus patas sobre mis piernas. De pronto los relámpagos estallaron cerca del mausoleo y todos pensamos que los muertos saldrían expulsados de sus sepulcros. Mamá estuvo a punto de caer fulminada cuando vio lo que parecían ser los despojos de la bisabuela volando por los aires en medio de astillas y tablones enmohecidos mientras que la abuela al darse cuenta de lo ocurrido corrió a los estantes en busca de un frasco lleno de flores secas con las que a menudo preparaba una infusión tranquilizante mas bien somnífera.
Para entonces yo me encontraba pegada al techo (los tronidos me hicieron saltar tan alto) aferrada con todas mis fuerzas a una biga putrefacta que

no resistiría por mucho tiempo mientras que Alvin con sus uñas hechas rosca en los hilos de mi falda pendía como un tenebrario de pésimo gusto. Nadie durmió aquella noche y al amanecer ni siquiera los gallos se sintieron con ánimos de cantar y para cuando el sol salió nadie tuvo la fuerza ni el valor para presenciarlo. A diferencia de otras veces ningún grupo de hombres armados estaba listo para salir a explorar, tampoco la cuadrilla de comadronas se reunió por la tarde para intercambiar sus impresiones y mordaces puntos de vista con los que solían aderezar la sobre mesa una vez finiquitado el lechón.
La calma imperaba en los alrededores y los llantos y lamentaciones por las cuantiosas victimas que se esperaban después del vendaval por fortuna nunca se presentaron. En casa todos permanecíamos callados excepto Alvin quien roncaba copiosamente panza arriba sobre un cesto de mimbre. Solo yo me atreví a mirar por la ventana. Todo estaba igual, nada había cambiado salvo por una cosa en particular. El cielo estaba bocabajo.